

Caj. 17 - 625 Av.

21077

ORACION FÚNEBRE
QUE EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS
CELEBRADAS DE ÓRDEN
DE LA FIDELÍSIMA CIUDAD DE BORJA
EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE S. FRANCISCO
DIA 21 DE ENERO DE 1819
CON ASISTENCIA DE SU M. I. CABILDO,
DE LAS RR. COMUNIDADES RELIGIOSAS,
DE LA OFICIALIDAD Y DEMAS TROPA
DEL REGIMIENTO DE CABALLERÍA DE MONTESA,
DE SU DISTINGUIDA NOBLEZA,
Y DE UN NUMEROZO PUEBLO
EN SUFRAGIO DE LA REYNA NTRA. SRA.
DOÑA MARÍA ISABEL FRANCISCA
DE BRAGANZA,
DIJO
EL P. Fr. PASCUAL GONZALBO
Lector de Filosofía en dicho convento.



CON LICENCIA:

En Zarag. Por Francisco Magallón.

1940-1941

costro viles la onia, eterni amores
* * * * *

Mortua est ergo Rachel. Genes. 35. 19.

¿Qué pudo haber templado nuestro dolor por la perdida de la Serenísima Princesa de Nápoles, dignísima Esposa que fué de nuestro augusto Monarca, de aquella nuestra Reyna, cuyo dulce caracter era el embeleso de su Esposo, y las delicias de sus vasallos, cuyas virtudes la hacian tan digna de nuestros respetos, y cuyo maravilloso conjunto de excelsas y regias cualidades hicieron concebir á la Nacion las mas altas y lisonjeras esperanzas, ¿qué pudo, repito, enjugar nuestras lágrimas al recordar su perdida, mitigar nuestra pena, y consolarnos de su tem-

prana muerte, sino el feliz enlace de nuestro amado Soberano con DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA sere- nísima Princesa de Portugal? Su venida á España fué como la de la brillante aurora, que con sus doradas luces disipa las negras sombras, y restituye la dulce ale- gria de que habia privado á to- da la naturaleza el sol luciente al sepultarse en su ocaso. Su aspecto solo nos llenó de esperan- za y regocijo: y ¡quién desde entonces no pudo exclamar: Na- cion dichosa! en medio de tí es- tá ya un vivo retrato de aque- lla augusta Reyna, cuya pérdida te fué tan dolorosa: ya tienes una Princesa digna de sucederla en el trono: ya posees una Reyna que hará tus delicias y tu felicidad.

Mas ¡hay! que parece no nos fué concedida sino para tener lue-

go el dolor de perderla. Si : bien lo sabeis, y yo no puedo menos de decirlo con dolor. La sañuda muerte, á cuya fatal guadaña no resisten ni los robustos robles, ni los elevados cedros del Libano, la muerte que no respeta mas los dorados palacios, que las rústicas cabañas, la muerte que ejerce un irresistible dominio lo mismo sobre la juventud florida que sobre la vejez cansada, cortó el hilo precioso de la vida de nuestra amada Reyna , cuando apenas habíamos probado el dulce placer de poseerla. Murió pues, ah! murió aquella tan deseada y suspirada Raquel : *Mortua est... Rachel* : murió aquella augusta Reyna, que colocada en el trono al lado de FERNANDO difundia la felicidad sobre sus vasallos con sus benéficas influencias : murió ISABEL , y sus

augustas cenizas están ya reunidas
á las de sus augustos progenitores.

Si yo no hubiera subido á esta sagrada cátedra mas que para anunciaros este funesto y doloroso suceso, habria ya, señores, desempeñado mi deber; pero vosotros dignos de vuestros mayores por vuestro acendrado amor y fidelidad al Soberano, esperais, que para desahogo de vuestro dolor os diga ... mas ¿qué os he de decir? Si hubiese de hablar como orador profano, la augusta genealogía de sus ascendientes me suministraría abundante materia para celebrar su heredada grandeza, y el mundo me prestaria todas sus bellezas y encantos para hermosear su pintura: Pero ¿vendré yo á ofrecer incienso en el lugar santo al idólo de la vanidad? ¿Vendré á fomentar los errores mundanos,

cuando ese sombrio luto, ese elevado túmulo, esas mismas pinturas con que le habeis adornado nos recuerdan la nada de las pompas y grandezas del siglo, y la vanidad de sus esperanzas? ¿Vendré á entretenér vuestra curiosidad con un discurso profano, distayendoos del fin principal de estas exequias? La Iglesia no permite esta pompa fúnebre sino con el doble objeto de hacernos conocer la vanidad del mundo, y de interesarnos á favor de los difuntos: y asi ¿qué podreis esperar, sino que cumpliendo los deseos de nuestra madre la Iglesia, trate de inspiraros estos saludables sentimientos?

Para verificarlo pues, os hablaré de nuestra amada Reyna, considerándola por parte del mundo, y por parte de la religion.

Considerándola por parte del mundo conocereis que el mundo no puede hacer feliz al hombre : y considerándola por parte de la religion, conocereis, que la felicidad eterna debe ser el objeto de nuestros deseos. Lo primero nos desengañará del error de nuestros juicios, y de la vanidad de nuestras esperanzas ; y lo segundo excitará nuestra piedad en favor de nuestra amada Reyna. En dos palabras : sus tribulaciones, y sus virtudes son los dos puntos sobre los que pienso formar su elogio y vuestra instruccion. Imploremos para ello &c.

PRIMERA PARTE.

Mortua est ergo Rachel. Genes. 35. 19.

Todos aspiramos á ser felices : y qué cosa ni mas extraña ni mas

frecuente que fundar en el mundo las esperanzas de esta felicidad? Se buscan sus riquezas, se solicitan sus honores, se anhelan sus placeres: y como si esto fuese el constitutivo de la felicidad llega á persuadirse el hombre que seria feliz con su posesion; pero ¡cuán defraudado se encuentra en sus esperanzas! Aquellos bienes, por grandes y encantadores que le parecieron solo sirvieron para excitar su apetito cuando no los poseia, y poseidos para aumentar sus inquietudes. Abramos pues los ojos á la luz del desengaño: reflexionemos sobre los varios acontecimientos de nuestra amada Reyna, y ésta será una leccion instructiva para conocer el error de nuestros juicios, y la vanidad de nuestras esperanzas.

Todo cuanto tiene el mundo

de encantador, y de grande se
habia reunido en nuestra augusta
Reyna, cuya muerte nos es tan
dolorosa. Su cuna se vió adornada
con los timbres mas gloriosos de
grandes capitanes, célebres con-
quistadores, y augustos Monarcas,
que por tantos siglos han dado
leyes á los pueblos, y cuya san-
gre corria por sus venas. No era
todavía sensible á los encantos del
mundo, y ya éste la brindaba con
su gloria y su felicidad : aun no
podia gozar de los placeres, y ya
la rodeaban las delicias : aun no
sabia apreciar los obsequios, y ya
recibia adoraciones : aun no sabia
mirar, y ya de todas partes se pre-
sentaban á su vaga y débil vista
los objetos mas lisonjeros, y los
soberbios monumentos de su here-
dada grandeza : aun no oía, y ya
resonaban sus alabanzas. Hombres

orgullosos, vosotros que como camaleones os manteneis del viento de la vanidad ¿qué pensais al considerar esta pintura? Vosotros que fundais la felicidad del hombre en un nacimiento ilustre, en un título, en una dignidad ¿qué decís? ¿la llamareis feliz? Pero; ¡cuán presto vais á ver el error de vuestros juicios!

Esta felicidad, que pensariais fuera permanente no la acompañará por mucho tiempo. Pasad á Lisboa, y vereis, que apenas sale de su infancia, apenas su corazon ya capaz de deseo y de esperanza puede disfrutar la dulzura de las delicias que estan como ligadas al trono, un funesto, é inopinado suceso la hace probar la instabilidad de las humanas grandes. El opresor de la Europa bajo decorosos pretextos se abre el paso

por España para Portugal: el mafioso Junot como ejecutor de sus ambiciosos proyectos conduce sus tropas hacia aquel pacífico reyno: el formidable aparato de los pertrechos militares, y la conducta de jefes y soldados, introducen la desconfianza en el pueblo: los augustos Padres de nuestra amada Reyna llegan á descubrir el verdadero objeto de la venida de aquel ejército: conocen que el primer golpe se iba á descargar sobre sus reales personas: embárcanse para evitarle: y desde entonces todas las delicias de que visteis rodeada á nuestra Reyna se convirtieron en amargura. Suntuosos palacios, soberbios edificios, lisongeros encantos de Lisboa, todo acabó ya para ISABEL. Es cierto que el Brasil, aquel fértil y delicioso país de la América me-

ridional espera con ansia como á su inmediato Soberano á su augusto Padre, y á toda su real familia; pero ISABEL perdió ya las esperanzas de vivir pacificamente en su amada patria: es cierto que la esperan nuevos palacios, nuevos cortesanos, nuevos placeres; pero se vé ya expuesta á los peligros de una larga navegacion.

¿Qué es pues toda la grandeza y la gloria del mundo sino una decoracion de teatro? Nuestra amada Reyna que poco ha se veia en suntuosos palacios, se ve ahora encerrada en una nave: en vez del expectáculo encantador, que presentaban á su vista la amenaidad y delicia de sus jardines, no ve mas que montes de agua: y en vez de los harmoniosos conciertos, con que se procuraba recrear sus oidos, no oye mas que el fiero

rechinar de los cables agitados por el impetuoso viento, y el horrible bramido de las olas. Unas veces se levantan á su vista terribles torbellinos, que parece se esconden en las nubes, y otras abre el mar sus profundos senos sin otro objeto al parecer, que el de tragarse su nave: y á dó quiera que dirige su vista no ve mas que cielo y agua, aquel amenazando con sus hinchadas nubes, y ésta con sus furiosas olas. ¡Qué situacion tan diferente de cuando se hallaba en medio de la pompa y grandeza de Lisboa! Así jó gran Dios! nos haceis conocer que las glorias y grandezas del mundo no son mas que una sombra fugitiva que desaparece, una nieblecilla que se pierde en el ayre, y una exalacion que nace, brilla y fenece en un momento: así nos dais á en-

tender que solo Vos podeis hacernos verdaderamente felices. Y para que mas lo conozcamos, para que apartemos mas y mas nuestro corazon de la tierra; ¡cuánta hiel y amargura derramais sobre lo mismo que el mundo llama felicidad! Pasemos al Brasil y lo veremos.

Por entre mil peligros llega por fin nuestra tierna Princesa á pisar la deseada tierra. Imaginad ahora con qué pompa, con qué ostentacion, y con qué grandeza serian recibidos sus augustos Padres y toda la Real Familia. ¡Qué obsequiosos respetos recibirian! ¡qué vivas! ¡qué aplausos! ¡qué aclamaciones! Nuestra amada Reyna se veria desde entonces rodeada de cuanto alhaga y lisonjea los sentidos. Pero ¿y su corazon? ¡Ah! su corazon se halla-

ria agitado y lleno de amargura. Aquel nuevo mundo cuanto mas la brindase con sus delicias, otro tanto aumentaria su dolor. Porque èl la recordaria su amada patria: ¿y cuántas veces volveria hacia ella su vista, como Israel sobre los ríos de Babilonia hacia su amada Sion? ¿y cuántas tambien sus hermosos ojos se desatarian en lágrimas acordándose de sus amados Portugueses? La triste situación en que quedaron éstos estaría siempre fija en su memoria: la noticia de sus calamidades consiguientes á la guerra seria una espada de dos filos que traspasaría su tierno corazon, y hasta sus mismas victorias la serian dolorosas, pues sabia eran el fruto de la sangre vertida en las batallas.

Y en vista de esto ¿pensareis

aun que puede hallarse en el mundo una felicidad sólida y completa? Vosotros que envidiais la prosperidad ajena ¿no os desengañareis de que esas riquezas, esos empleos, esas dignidades tras las que andais tan solícitos, solo son objetos deliciosos cuando no se poseen, y que si los conseguís, no os serán sino afliccion de espíritu? Esos que os parecen felices están llenos de disgustos y sinsabores; y cuanto mas os parece se multiplican sus placeres, tanto mas se aumenta su amargura. Toda la grandeza que los rodea no ocupa mas que el exterior, y su corazon está vacio. El mismo Salomon en toda su gloria, en la suntuosidad de sus palacios, en la inmensidad de sus tesoros, y en su misma fama que le atrae desde el mediodia una Reyna admiradora de

su grandeza confiesa que todo es vanidad, y que nada de cuanto posee puede llenar su corazon.

Pero si el mundo pudiera hacer felices ¿no podriamos contar en el número de sus favorecidos á nuestra augusta Reyna? Porque no es ya la gloria y la grandeza en que la hemos visto la que se la prepara. Un Reyno mas fértil y delicioso que el Brasil: una Nacion magnánima y generosa la desea: una corte que no cede en grandeza á las demas de Europa la suspira: un Monarca restituido á su trono con mas gloria que con la que subió á él la vez primera: un Monarca que fué el objeto de las lágrimas y de los suspiros de sus vasallos, y ahora lo es de su complacencia y de su amor, un Monarca cuya fama será eterna en la historia, y que siempre será

conocido por sus grandes trabajos, y por sus grandes virtudes, un Monarca de su misma sangre, FERNANDO VII, el católico, el piadoso FERNANDO, la pide á sus augustos padres por esposa, y la brinda como Asuero á Ester con la mitad de su reyno.

Batuel, señores, no oyó con mayor complacencia á Eliezer enviado de Abrahan, que el augusto Príncipe del Brasil al de nuestro amado soberano : ni Rebeca ofreció con mas gusto su mano de esposa á Isaac, que nuestra amada Reyna la suya á nuestro augusto Monarca. ¡Qué no pudiera yo ahora trasportaros al Brasil, y renovar á vuestra vista la tierna escena que se representó en él! ¡De qué diversidad de sentimientos veriais poseidos á Americanos y Portugueses! ¡Qué alegría, y qué do-

lor advertiriais en ellos! ¡Qué alegría al considerar iba á estrecharse mas y mas su alianza con una nacion valerosa, que enseñó la primera á la Europa, que su opresor no era como se gloriaba invencible, con una nacion magnánima, que arrostrando todos los peligros quedó al fin victoriosa, sacó de la esclavitud á su monarca, y le restituyó en triunfo á su trono, con una nación en fin, cuya gloria jamás podrán obscurecer los celos y la emulacion de las demás naciones! Pero ¿qué dolor al considerar iban á quedar privados de una Princesa la mas amable por su bondad, la mas respetable por su modestia, y la mas ejemplar por sus virtudes! Al ilustre y feliz enviado le veriais como fuera de sí por la vehemencia de su gozo; y entre las efusiones de

su corazon le oiriais exclamar como Eliezer: Bendito sea el Dios de mi Señor, que tan próspera y felizmente me condujo á la causa de su hermano! Conocia bien la rectitud de corazon de la sereñísima Princesa, la grandeza de su alma, y las amables prendas, con que la habian enriquecido la naturaleza y la gracia; y viéndola destinada para Reyna de su amada patria, parece disfrutaba ya los bienes que el Señor nos dió á gustar, y de los que tal vez por nuestros delitos nos ha privado con su temprana muerte. Allí verriais á su venerable abuela vertiendo lágrimas de gozo gravar con dulces ósculos en su hermoso rostro su amor y su cariño: verriais á su tierna madre, de cuyo lado jamás se habia separado, encargarla cariñosa la moderacion,

la modestia, y las virtudes domésticas, que la habia enseñado con su ejemplo: veriais á su augusto padre pedir á Dios, como David para su hijo Salomon, la diese un corazon perfecto, obediente á su ley santa, celoso de su gloria, fiel á su esposo y benéfico para sus vasallos: veriais con qué demostraciones de paternal amor la daban su bendicion al partirse, y con qué vivo interés la decian sus hermanos como los suyos á la bella y graciosa Rebeca: tu eres nuestra hermana: ójala crezcas de dia en dia en gloria, y tu numerosa descendencia sea siempre victoriosa contra sus enemigos. Veriais en fin salir hasta el puerto á todo el pueblo para gozar hasta el último momento posible de su amable presencia, no apartar sus ojos de su nave hasta per-

derla de vista, y acompañandola entonces con su voluntad y su memoria los oiriais exclamar: ¡ó feliz FERNANDO! pues vas á tener por esposa una Princesa comparable con su generosidad con Rebeca, por su sensibilidad con Raquel, por su retiro con Judit, por su modestia con Ester, por su prudencia con Abigail, por su labiosidad con la muger fuerte! ¡Feliz España! pues vas á tener una Reyna que fiel imitadora de las virtudes de su venerable abuela, y de su augusta madre no hará uso de su poder sino para hacer tu gloria y tu felicidad.

¿En vista pues de esto la llamariais completamente feliz? Pero ¡cuán errados serian vuestrlos juicios! Porque si la gloria del trono Español podia con razon lisongearla ¡cuán sensible no la seria

al mismo tiempo el separarse de sus venerables padres, y amados hermanos? ¿Cuán doloroso no la seria el considerar, que separada por un mar inmenso, tal vez no volveria jamás á verlos? Y por grande que fuese el placer que pudieran causarla las esperanzas de su futuro enlace ¿dejarian aca-
so de turbar su gozo los peligros del mar. ¿Pues por entre estos ries-
gos capaces de intimidar al cora-
zon mas animoso venia hendiendo las espumosas olas su ligera nave, y acercándose al deseado puerto.

Entre tanto dirigiamos nuestros votos al Eterno por su feliz na-
vagacion: impacientes de poseerlas ya nos parecia que se retardaba su llegada: y como la esperanza y el deseo van siempre acompan-
ados del temor.... pero no: las re-
petidas salvas, el festivo repique

de campanas, los vivas y aclamaciones nos anuncian su feliz arribo. Si : ya está en medio de nosotros : nuestro augusto Monarca la recibió ya en su trono : ya es nuestra Reyna. Y desde este momento ¿qué la faltaba para ser feliz, si en el mundo pudiera hallarse una felicidad completa? Juventud florida, gracias de la naturaleza, el trono de una monarquía la mas dilatada de Europa, el amor de un esposo el mas amable, aplausos, aclamaciones, obsequios... mas ¿qué es toda esta gloria mirada á la luz de la fé? ¿Es mas que vanidad? Porque ¿acaso acompañará al hombre al sepulcro? En él se estrellarán todas las grandezas del mundo: en él se eclipsará toda su gloria: en él serán despojados los hombres de sus títulos, de sus dignidades y

de sus honores, y en èl serán confundidos, sin que se pueda distinguir el rico del pobre, el noble del prebeyo, ni el rey del vasallo. Sola la virtud acompañará al justo, y solo el justo será grande en la presencia del Señor. Consideremos pues á nuestra amada Reyna por parte de la religion, y veremos que la virtud es la que forma su verdadera gloria: motivo ciertamente poderoso para excitar en su favor nuestra piedad.

SEGUNDA PARTE.

Si fuera permitido hacerse sensible á los encantos del mundo ¿quién lo hubiera podido con mas razon que nuestra amada Reyna? Hija del Príncipe Regente de Portugal, descendiente de los mas grandes monarcas de Europa, co-

locada luego en el trono de España, y sobre todo esposa de FERNANDO VII, ¿os parece si tenia motivo para gloriarse de su felicidad? Pero no eres tu, ó gloria mundana, la que llenas el corazon de nuestra amada Reyna: el reyno celestial, la felicidad pura y permanente de la posesion del sumo Bien, este es el objeto de sus deseos, y el término de sus suspiros. Su virtud manifiesta bien, que estos fueron sus únicos deseos: pero ¡qué virtud! una virtud firme y constante en los trabajos, humilde y virtuosa en la prosperidad.

La resignación nunca podrá ser obra de la filosofía. Los filósofos han podido dar preceptos; pero su cobarde debilidad en los rebeses de fortuna han descubierto la vana hinchazon de su sabiduria; y si á las veces han sufrido

al parecer con valor sus desgracias, y hasta la misma muerte, su sufrimiento fué mas bien efecto de su loca ambicion de adquirir fama, que de verdadera fortaleza. Sola la religion es la que inspira el verdadero valor en los trabajos; sola la religion la que puede levantar aun á las almas mas tímidas hasta aquel grado de fortaleza que no solo no se abate en las desgracias, sino que se complace en ellas; porque sola la religion hace conocer al hombre que las aflicciones y trabajos son el camino que conduce con mas seguridad á la felicidad eterna.

Penetrada de estos sentimientos nuestra amada Reyna ¡qué resignacion manifestó siempre en sus trabajos! Recordemos otra vez aquellos dias aciagos en que se vió amenazada su real casa por las tro-

pas del tirano de Europa. ¡Qué turbacion en todo el reyno, en la corte, en el real palacio! Pero entre esta general consternacion mirad á nuestra tierna Princesa. ¡Qué noble y magestuosa tranquilidad la suya á vista de los peligros que la amenazan, y de los trabajos que la esperan! Una fuerte roca, que levanta su cabeza por entre las aguas del borrascoso mar, no mira con mas tranquila calma las furiosas olas que la combaten para derribarla, que nuestra tierna Princesa la grande tempestad que ve ya sobre sí. Lejos pues de entregarse á los excesos del dolor, procura templar el de sus augustos padres con su semblante sereno y apacible; y lejos de desahogarse en lágrimas y quejas, adora al Señor árbitro de los tronos y de los imperios. Enmudece

como el real profeta al verse perseguido: no abre su boca como Job sino para bendecir al Señor: reconoce como lo aconseja S. Agustín, que el mismo Dios es quien la aflige: *ad Deum tuum refer flagellum tuum*: y siendo esta una prueba de su amor, como lo dice por su profeta Jeremías: *in charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans tui* ¿cómo no exclamaría: A vos, Señor os toca el experimentar mi fé, y á mi el conformarme con vuestra divina voluntad? ¡Con qué reverencia pues besaría las manos á sus augustos Padres! ¡Con qué espíritu de sumisión, y de obediencia recibiría su paternal bendicion al embarcarse! ¡y con qué fervor levantaría sus manos inocentes al Cielo al verse en el mas temible, é inconstante elemento! Allí pues donde, sin

hacer mención de otros peligros no menos funestos, allí donde el furor de los encontrados vientos, las encrespadas olas, los vagíos y escollos presentan tantas veces como inevitable la muerte; ¿cuánto no se ejercitaría su resignación, y conformidad? ¿Y cuánto no la ejercitó también en el Brasil? Veíase allí constituida en un nuevo mundo, y lejos de quejarse de la Providencia, bendecía al Señor reconociendo su bondad: acordábase de su patria, y esta memoria no la servía sino de estímulo para ofrecer nuevamente al Señor el sacrificio de su voluntad: mil infaustas noticias iban á turbar su paz interior: sabía que el Portugal era el teatro de una guerra devastadora y cruel, que la España estaba afligida con todos aquellos azotes que el Señor sue-

le derramar en su furor sobre los pueblos; que Nápoles estaba sufriendo el pesado yugo de un usurpador, y que por toda la Europa no se oía sino el horroroso estruendo de las armas, y postrada en la presencia del Señor le pedia fervorosa retirase la espada de su justicia tanto tiempo levantada sobre los pueblos, y les restituyese el don precioso de la paz: ya casi había llegado á perder las esperanzas de volver á Europa, y sin embargo bendecía al Señor en aquel lugar de su destierro, bien diferente de los Israelitas que en fuerza de su dolor colgaron en los sauce sus instrumentos de alegría, y aumentaron con sus lágrimas las corrientes de los ríos de Babilonia, acorándose de su amada Sion.

Pero ¡qué golpe tan sensible

y doloroso preparaba el Señor á su heróica fortaleza! La muerte arrebata á su ternura aquella su virtuosísima aya, cuyas instrucciones habia grabado en su corazón, y cuyas virtudes habia imitado, aquella su aya, á quien siempre habia venerado como á maestra, y habia siempre amado como á madre. ¡Cuánto manifestó pues entonces la buena alma que le habia cabido, y cuánto tambien su virtud! Cediendo á los sentimientos de la naturaleza derrama dolorosas lágrimas sobre su sepulcro; pero entre estas demostraciones de dolor, repetia muchas veces »¿quién estrañará el justo tributo que pago á la que me ha dado la primera educación, y me ha enseñado las virtudes? Yo la amaba como debia, y siempre estará presente en mis

oraciones ! ¡Qué maravilloso conjunto de virtudes ! ¡qué gratitud ! ¡qué resignacion ! ¡y qué piedad ! Pero trasladémonos á Madrid. ¡Ah ! ¡qué pronto veremos allí convertida toda su felicidad en amargura , y cuánto conoceremos tambien la grandeza de su alma !

Al decir esto, ya conocereis, señores, que hablo de la temprana muerte de su tierna Infanta. ¡Qué golpe este tan terrible para una madre tierna y amorosa ! Cuando mas embelesada estaba con aquell dulce fruto de sus castos amores, y cuando mas engolfada en las esperanzas de que fuese por largos años sus delicias , asáltala la muerte que no perdona ni á la edad mas tierna. Sus vivos colores se marchitan ; la luz de sus ojos se amortigua ; sus delicados miembros se entorpecen : cuida-

dos, desvelos, recursos del arte, nada bastó ya para conservar su débil vida. ¡O tierna y amorosa madre! ¿con quién pues os compararé yo al ver difunta en vuestras manos á la que era la luz de vuestros ojos, el imán de vuestro corazon, y el objeto de vuestras complacencias? ¿Os compararé con Noemí llena de amargura, ó con Raquel derramando inconsolables lágrimas por la muerte de sus hijos? Lo que yo no temeré decir, es, que su dolor y sentimiento fueron á proporcion de su ternura, y de su amor; y siendo su corazon tan tierno y tan amante, ¡cuál no sería su pena y amargura? ¡Estrañareis pues que derramase lágrimas, y que desahogase su corazon en suspiros! La religion no destruye los sentimientos de la natu-

raleza: el mismo Jesu-christo lloró sobre el sepulcro de su amigo Lázaro; y cuanto el hombre es mas sensible, tanto mas se aumenta el mérito de su resignacion. Siente pues nuestra amada Reyna la temprana muerte de su querida hija, suspira, llora; pero no se entrega á aquel dolor inmoderado que condena la religion. Siente, pues, repito; pero adora como Job la mano que la aflige: suspira, pero reconoce aquella afliccion como prenda segura del amor de su Dios, y le bendice: derrama lágrimas; pero levantando su corazon al Señor „Bendito seais, mi Dios, dice, que os habeis llevado lo que es vuestro. Si hubiera vivido por mas tiempo, tal vez su inocencia hubiera naufragado, y su corazon se hubiera corrompido: y asi reconozco, Señor, que

vos complacido de su alma la habeis arrebatado de este mundo antes que pudiera pervertirla. ¡Qué resignacion! ¡qué conformidad! ¡qué fortaleza! Y la que tan grande se manifiesta en las desgracias ¡se engreiría acaso en la prosperidad? El uso que hizo de su grandeza y de su poder acaban de poner en descubierto su virtud.

No hay cosa mas peligrosa que la prosperidad y el poder. David sin duda no hubiera cometido los crímenes que despues fueron por toda su vida el motivo de sus amargas lágrimas, sino hubiera tenido tanta autoridad; ni su hijo Salomon se hubiera corrompido hasta el extremo de ofrecer incienso delincuente á los ídolos por complacer á unas viles mujeres, sino hubiera sido tan grande su poder, y tan inmensos sus

tesoros. Pero nuestra amada Reyna supo bien evitar estos peligrosos escollos.

Sabia bien por las sabias instrucciones que habia recibido de sus maestros, y de sus augustos padres, que el poder dimana de Dios, y que Dios no le concede á los reyes y príncipes para dominar á los pueblos, sino para hacerlos felices; y penetrada de estas santas máximas comienza luego que se vé sobre el trono á manifestarse como una madre que solo procura el bien de sus amados hijos. El imperio que llega á adquirir sobre el corazon de su esposo por su dulzura, por su candor, por la belleza de su espíritu, y por sus encantadoras gracias, le emplea como Ester en hacer la felicidad de sus súbditos. Y asi, no es nuestra Reyna co-

mo aquellas vanas divinidades, que ni ven, ni oyen, ni obran; sino que se informa del estado de la nacion, se esmera en contribuir por su parte á su felicidad, y cuando ve que es preciso continuar las cargas públicas para la seguridad y crédito de la misma nacion, siente como madre la afliccion de sus hijos. Y con qué vivo interés no procuró fomentar las artes y las ciencias? Instruida en las lenguas latina, francesa, é inglesa, en la geografía, historia, lógica, metafísica, y bellas artes conocía bien cuanto conducen las ciencias, y las artes al esplendor, prosperidad y engrandecimiento de las naciones; y así para fomentarlas añade á su liberalidad su mismo ejemplo. Los dibujos que se presentaron formados de

su mano serán siempre un auténtico testimonio de la delicadeza de su gusto, y de la inocencia de sus entretenimientos; y la Academia de dibujo para las señoras y niñas pobres lo será de la protección que dispensaba con particularidad á las artes, al mismo tiempo que de su beneficencia.

Pero, señores, las virtudes humanas solo merecerán los elogios de los hombres, y de nada servirá á los Reyes el haber hecho la felicidad de los pueblos, y que su fama pase de siglo en siglo hasta la posteridad mas remota, si sus virtudes christianas no los hacen dignos de que sus nombres sean escritos en el libro de la vida. La fe había tambien grabado en el corazon de nuestra amada Reyna estas eternas verdades, y las obras correspondieron

á su fé. Jamás pues la deslumbró el resplandor del trono, ni la desvió de los deberes de la religion. Entremos en el secreto de su palacio, donde tantas veces los grandes dejan de ser lo que parecen al público, y la veremos illí reunir la laboriosidad de Marta, y la devoción fervorosa de María. Allí la veremos ú ocupada como la mujer fuerte en el arreglo, buen orden y felicidad de su familia, ó retirada como Judit dirigir al Señor las mas fervorosas oraciones: allí la veremos dar á su familia ejemplo de moderacion y de modestia: allí la veremos despojarse de aquellas galas, que solo vestia cuando lo exigia la magestad del trono: allí la veremos siempre complaciente con su augusta hermana sin manifestar jamás su superioridad: allí la veremos obser-

var con su augusto esposo... pero cedamos el manifestar su amor, su fidelidad, su veneracion, y su respeto al dolor de nuestro amado Soberano, pues es mucho mas enérgico que puedan serlo mis expresiones: allí la veremos siempre afable con dignidad, y siempre grande sin severidad ni asperreza. Decidlo sino vosotras que tuvisteis la dicha de servirla y la visteis jamás con aquella severa é inaccesible magestad, que intimida, turba, y anuda la voz al infeliz vasallo? Por el contrario ¿no la visteis siempre igual y siempre afable? ¿vuestro corazon no experimentaba un secreto placer al estar en su presencia? Su dulzura y su agrado ¿no inspiraban en todos el amor, y la confianza? Por esto ni el desgraciado á quien un revés de fortuna

redujo á un estado miserable, ni el pobre que vivia á expensas de la caridad temieron llegar á su presencia, y siempre salieron consolados.

Portugal, y el Brasil celebran, y celebrarán siempre aquella su compasiva misericordia con que repartia entre los pobres casi toda su asignacion de Infanta; y la España la distinguirá siempre con el glorioso dictado de la *Reyna benéfica*. Porque ¿á cuánto no se estendia su compasiva bondad? Declárase Protectora de las hermanas de la Caridad, y no satisfecha con esto visita personalmente aquellos tan inocentes como desgraciados niños que en vano piden con sus tiernos gemidos la asistencia de sus delincuentes padres, los limpia por sí misma, y los envuelve con un cariño de

verdadera madre. Y ¡con qué afa-
bilidad, con qué agrado servia á la
mesa una vez en el año á doce mu-
geres pobres ! Tal era este expec-
táculo, que nadie podia verle sin
derramar lágrimas de ternura. Ma-
drid pues publicará siempre que
el resplandor de la magestad ja-
más la impidió el ver las nece-
sidades de los pobres, que siem-
pre oyó favorable sus lastimeras
voces, y que parecia no estaba en
el trono sino para ser la protec-
tora de los afligidos, y el apoyo
del pueblo miserable: los venera-
bles párocos referirán siempre en
su honor y alabanza las cuantio-
sas limosnas que repartía por sus
manos: y yó no temeré decir que
la misericordia que parece nació
con nuestra amada Reyna creció
con sus años, y que siempre tu-
vo abiertas sus manos como la

muger fuerte para socorrer á los infelices que gemian oprimidos del peso de su miseria.

Pero yo no sé si admire mas su beneficencia, que el cumplimiento de sus deberes como madre. Bien es cierto que el criar una madre á sus pechos el dulce fruto de sus entrañas no es mas que seguir el impulso de la naturaleza, y cumplir con los deberes que impone la religion. Pero ¿no se vé que se mira como una razon de estado en cierta clase de madres el desprenderse de sus hijos á poco de haberlos dado á luz, persuadidas de que el criarlos por si mismas seria envilecerse, y degradarse? ¿No se vé tambien á muchas abandonarlos con asombro y horror de la naturaleza, ó por conservar su frágil hermosura, ó por

vivir mas libres y entregarse sin
reserva á los placeres? Madres
miserables, madres crueles, y mas
feroces que las mismas fieras, mi-
rad á nuestra amada Reyna ¿y
cómo no os cubrireteis de confu-
sion? ¿No la veis como tiene ca-
riñosa en sus brazos á su tierna
Infanta? ¿No advertís su dulce
fruicion haciendola tiernas, y a-
morosas caricias? ¿no la veis vo-
lar en alas de su amor desde el
paseo á palacio para enjugar sus
lágrimas, y acallar sus tiernos ge-
midos con el dulce nectar de su
misma sangre? ¿no la veis con
qué complacencia y con qué go-
zo cuida de su limpieza y de su
aseo? ¡O ejemplar, y dechado de
verdaderas madres! Ojala que vues-
tro ejemplo haga conocer á esas
madres, en quienes puede mas el
orgullo y la vanidad que la na-

turaleza y la religion, que su grandeza lejos de desmerecer por criar á sus hijos, aparecerá con mas brillo y esplendor! ¡quiera el cielo que vuestro ejemplo destierre para siempre de España esa costumbre bárbara y feroz de abandonar á los hijos al cuidado de una nodriza mercenaria.

¿Os hablaré ahora de su piedad? ¡Ah! si su humildad desde sus tiernos años no hubiera sido tan cautelosa en ocultar sus piadosos ejercicios, ¿cuánto no os pudiera yo decir para vuestra admiracion, y vuestro ejemplo? Pero si la hubieramos acompañado desde que entró en España, la hubieramos visto en Sevilla visitar el cuerpo de San Fernando con tanto fervor suyo, como edificación de los circunstantes; en Aranjuez prepararse con los sacramen-

tos de la Penitencia y Eucaristía para celebrar en la corte sus desposorios; y en Madrid ser la admiracion de todos por sus obras de fé y de religion. Allí, sin haber mencion de su rendida sumision á la Iglesia, de su profundo respeto á los ministros del santuario, y de su proteccion para con las ordenes regulares, la hubieramos visto visitar con frecuencia á nuestra señora de la Soledad, acogerse bajo la proteccion de tan Soberana Reyna, y ofrecerle los mas tiernos y fervorosos omenages. Allí la hubieramos visto presentarse en el templo de Sto. Tomás, adorar reverente á la magestad del Eterno, y confundirse en su presencia. Vosotros hijos de mi Patriarca Sto. Domingo, vosotros sois testigos de su fervorosa piedad: vosotros la visteis des-

préndida de su grandeza humillarse á los pies del augusto trono de Jesus Sacramentado; y vosotros direis siempre que estando en vuestro templo no se distingua del comun del pueblo, como David en la presencia del Arca, sino por su modestia, por su compostura, y por su recogimiento interior.

¿Cuál seria pues, señores, su fervor al recibirle en su pecho? Pero cuando su devocion se manifestó mas viva y fervorosa fué la vez última que se llegó á la sagrada mesa. Aquella feliz noche en que se celebra el grande y consolador misterio del nacimiento del Divino Verbo encarnado... ah! ¡quién pudiera decir lo que pasó en su alma aquella feliz noche, cuando despues de haber asistido en su real capilla

á la celebracion de los divinos misterios, recibió al Señor en una de las tres misas, que á continuacion se celebraron en su cuarto por satisfacer á sus fervorosos deseos! Al verla como absorta en la contemplacion de tan dulce misterio, y en la oracion mas fervorosa, al verla hasta las tres de la mañana ocupada toda en dar gracias al Señor, á quien habia recibido en su pecho, al oirla responder á uno de su servidumbre que se atrevió á ponerla en consideracion el estado en que se hallaba, y lo incómodo y aun peligroso que la sería el estar tanto tiempo en su oratorio. "En el servicio de Dios no hay trabajo... os he dado mal rato... yo os le premiaré" hubieramos dicho que presentia su temprana muerte, y que se prepara-

ba para ella con aquel sagrado
Viatico.

Y en efecto á las 46 horas de
haber recibido el Pan de los An-
geles, cuando toda la nacion espe-
raba con ansia el instante de su
feliz alumbramiento, cuando los
ministros del Santuario dirigian
con mas fervor sus súplicas al Eter-
no, y cuando nuestro augusto Mo-
narca luchando entre la esperan-
za, y el temor redoblaban sus cui-
dados, y sus fervientes oraciones,
la bella Raquel comienza á peli-
grar: *periclitari cœpit*: toda su
servidumbre alienta su esperanza,
anunciandola felicidades, *noli ti-
mere, & hunc habebis filium*, pe-
ro ¡ó vanas esperanzas de los
hombres! La medicina agota en-
vano todos sus recursos: el mor-
tal accidente que la había asalta-
do continúa; y la hermosa Ra-

quel muere á su violencia : *mor-tua est... Rachel.*

¡Con que murió nuestra amada Reyna objeto de nuestras delicias, y motivo de nuestras esperanzas ? ¡con que murió aquella madre benéfica, que tan solícita procuraba nuestra felicidad y cuyos ejemplos de piedad fueron la admiracion de la corte, y lo serán de las futuras generaciones ? ¡Ah ! nosotros nos lisonjeabamos con la esperanza de que concluiria la obra que habia comenzado de hacernos felices ; y Dios quiso manifestarnos la vanidad de nuestras esperanzas, cuando no las fundamos en su divina magestad. Nuestra amada Reyna habia probado cuanto el mundo tiene de agradable y engañoso, y Dios quiso yá para sí esta víctima que habia preparado

desde la niñez, y purificado con la adversidad, y los trabajos. ¿Cómo pues su memoria no quedará eternamente gravada en nuestros corazones? ¿Cómo no se excitará en su favor nuestra piedad? Porque ¿quién mas digna de nuestras oraciones, que una Reyna que no subió al trono sino para procurar nuestra felicidad?

Pidamos pues al Altísimo, que estas religiosas exequias la sirvan de alivio, y á nosotros de instrucion. Haced, Señor, que nuestra amada Reyna nos sirva de ejemplo en sus tribulaciones para conocer que la felicidad del mundo es vana y quimérica, y que Vos solo podeis hacernos verdaderamente felices: y haced tambien que nos sirva de modelo en sus virtudes para arreglar nuestra conducta, para no abatirnos en los

trabajos, ni engreirnos en la prosperidad, y para no aspirar sino á la felicidad que consiste en poseeros y gozaros. Aceptad Dios de bondad y de misericordia estas piasas exequias que os ofrecemos por su alma; recibidla en vuestros eternos tabernáculos, y yá que nos habeis privado de tan benéfica madre, conservad para nuestro consuelo á nuestro augusto Soberano. Reyne para nuestra felicidad FERNANDO VII; y su augusta esposa DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA goze de vuestra presencia en la gloria, donde eternamente *requiescat in pace.*

O. S. C. S. R. E.



